

HISTORIA DE UN PAJARITO. (1)

A mi hija María Luisa.

Llora, llora, urú-taú,
En las ramas del yatay;
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú.

Carlos Guido y Spano.

E quanto a me io vi diró il vero. .
Gioberti.

A tí, mi María Luisa, te diré para empezar que si continuas amando LA VERDAD, LO JUSTO y LO BUENO, poseerás algún día todo el saber filosófico de Platón, la ciencia de LO BELLO, y la belleza sublime, que es la belleza moral.

Ten presente, sin embargo, ya que tu espíritu se desenvuelve, que tu pecho se dilata y tu alma se eleva, anticipándote á la hora de las revelaciones febriles que: « el conoci-

(1) Esto fué escrito hace muchos años, cuando nuestro autor no lamentaba la muerte de su hija mayor. — *El Editor.*

« miento de los hechos, sin sentido ideal y
« sin elegancia, no es cosa viva, sino muerta,
« no es un organismo animado, sino una mo-
« mia ó un cadáver. »

En cuanto á Carlos Guido y Spano,—él conoce perfectamente bien las leyes de la armonía pitagórica,—no ha menester sermones; y convendrá conmigo en que no hay, en efecto, cosa menos platónica que la ciencia *descarnada*, tal cual se la cultiva en este siglo de análisis.

Para mí, nada flaco es bello, por más que se diga que la gordura es enemiga de la belleza.

¿Ó puede darse algo más horrible que un esqueleto?

Sí, dirá un médico amante de la verdad: la mentira.

Bien, no discutamos, estoy haciendo una introducción, indispensable, obligada, necesaria; porque amo á Carlos Guido y Spano lo mismo que á un hermano. Tiene el alma tan tierna, los sentimientos tan nobles, el corazón tan depurado de cieno! Y luégo, el amó tanto á mi padre! Tanto, que junto le ente-

rramos y juntos lloramos sobre su tumba sagrada, en aquellos días luctuosos de duelo universal. Tú eras entonces más feliz que ahora. Tus ojos, no habían vertido aún lágrimas de fuego.

Si no me engaño quedan hechas las prevenciones, salvedades y cortesías del caso, y puedo, de consiguiente, proseguir.

Establezcamos, pues, las proposiciones, materia de este escrito ó carta, plática ó estudio, memento ó crítica, haciendo, como quien dice, un poco de ciencia en familia, envuelta en los harapos de mi elocuencia á la violeta; bien entendido que tomo la palabra *ciencia*, en su más lata acepción, es decir, en cuanto ella implica el conocimiento de una cosa y no el conjunto de conocimientos sobre una materia.

¿Es bello el *urú-taú*?

¿Llora?

¿Lo hace en las *ramas* del yatay?

¿Existe ó nó el Paraguay?

El compositor Bernasconi, que les ha puesto música á las estrofas de Carlos Guido y

Spano, mirando al *urú-taú* al través de los prismas luminosos de su fantasía, lo ha visto sin duda bello; no de otro modo los que asistían á las representaciones del famoso trágico Kean, lo veían sin joroba. La imaginación embellece, exalta, sublima, todo cuanto entra en su dominio, y considerada como sentido estético es tanto ó más falaz que el corazón.

El que recitando esas mismas estrofas marca las sílabas *urú-taú*, creyendo que acentúa la más correcta onomatopeya, se imagina, de igual manera, que el individuo que las murmura quejumbroso es algo de ideal en su belleza, que pico, ojos, cuerpo, forma, plumas y color constituyen el conjunto de un pajarillo sin par en donosura.

El que se figura verlo columpiarse en las ramas del *yatay*, no piensa seguramente que el *yatay* es una planta tropical, inter y subtropical, que puede, sin embargo, vivir raquítica, estéril, incolora é inodora en un clima como el de Buenos Aires; testigo, si no, las mil palmas de la calle larga del « Parque 3 de Febrero », por no decir el lastimoso plagio ó pa-

rodia de la famosa avenida del Jardín Botánico de Río.

El que, por fin, escucha, entre el triste lamentar del ser alado, las patrióticas exclamaciones del ser humano que en la mente del poeta ha sobrevivido á la destrucción de una nación entera, duda, por lo menos, un momento, si la devastación ha sido total.

... *Io vi diró il vero.*

Va á saberse cómo me hallo en aptitud de contestar, satisfactoriamente, me parece, á las cuatro interrogaciones *ut supra*.

Tengo á la vista la carta de un amigo eminente, así por la posición que ocupa como por su egregio estilo, ya sea que escriba ó que hable, carta que dice:

.

« Acabé de leer tu último cuadro (*Nandurocay: Tempestad y Sol*, 26 de Octubre de « 1878). Vas á hacer un negocio con unas « usuras judaicas, si á más de hallar verdaderas « minas de oro ó plata te vuelves con este « mundo nuevo de armonías y de imágenes. »

« Yo no viajo; pero quiero flores y pája-
ros de todos los climas. . .

.
.

« Sé feliz, escribe cuadros, halla minas, sal del
« presente y vive en el porvenir.— Adiós.» (1)

Los deseos de un amigo son para mí órde-
nes supremas.

Me puse, pues, á buscar pájaros, y aunque
es más fácil *tenerlos* que hallarlos, poco tardé
en poseer una colección.

Entre los inocentes prisioneros hallábase un
urú-taú.

He podido, como se ve, estudiarlo de cerca,
observar sus costumbres, penetrar, por de-
cirlo así, en los misterios de su frágil ser.

¿Es bello el *urú-taú*?

Decididamente no lo es.

Imagínate, hija mía, como que pertenece

(1) Estas letras son de Avellaneda.— *El Editor*.

á la familia de los *buhos*, una lechuza igual á las que has visto en los alrededores de Córdoba, revoloteando sobre una *biscachera*, cuando salías á caballo, dejándome lleno de mortal inquietud; pero imagínatela con cabeza de pichón deforme, y deforme boca, y tendrás al mentado *urú-taú*.

¿Llora el *urú-taú*?

Decididamente no llora.

Tiene costumbres extrañas: apenas sale el sol hunde su enorme cabeza en el pescuezo y fija sus redondos ojos en él; unos ojos traslúcidos, amarillentos, como un topacio en bruto, y así permanece horas enteras extático, como magnetizado, cataléptico ó deslumbrado.

Declina, se pone, se oculta completamente el soberbio monarca de los cielos, y el *urú-taú* sale en el acto de su inmovilidad; se agita, se estremece, se encrespa, como un papagayo que siente aproximarse la fresca lluvia en día canicular, y recién comienza y repite, hasta el cansancio, con marcadas intermitencias ó intervalos isócronos, sus acentuadas y uniformes modulaciones.

Quizá llora, me dirás, la desaparición del sol, en cuya luz se mira durante el día, como me miro yo en tus grandes ojos negros al través de la distancia y de los mares.

Pero es que entonces,—es que si en vez de cantar llorara,—los ecos del bosque repercutirían acompasadamente, con algunas variantes, el idealizado canto, al despuntar la aurora; y no es así.

¿Quién puede confundir la agitación y el lamento de la paloma torcaz, con el aleteo y el canto estridente del *hornero*; ni el grito autero (1) especie de voz de alarma del *teru-teru* con el canto del zorzal?

Observando un poco la naturaleza; las escenas ya tiernas, ya terribles, que tienen por teatro la selva, el árbol, la rama, la yerba, la flor,—en la eterna lucha por la vida de todos los seres organizados,—no es posible confundir sus pasiones, sus apetitos, sus preferencias, sus gustos, sus hábitos, el rugido formidable del tigre, que siente instintivamente

(1) Esta palabra americana, sinónimo de alarmista, no está aún incorporada al Diccionario de la Lengua Castellana.

la proximidad de un enemigo natural; con el gruñido de salvaje amor que lanza cuando acaricia á su ferina compañera; ni el rugido desgarrador del potente toro, cuando huele la sargre del matadero, con el alegre balido de la *hacienda* saliendo á la madrugada, paso á paso del corral, ó del *radeo*, para pacer en plena libertad por los pastosos campos y abrevarse en el arroyo cristalino!

La córnea del ojo de las aves nocturnas no es hecha, por otra parte, para bendecir la luz; luego si se hacen oír al ponerse el sol, no es lamentando su desaparición, sino al contrario, saludando al genio de las tinieblas en el que se inspiran.

Si el poeta templó su lira en esta ocasión por referencias, —como lo hizo Domínguez, cuando cantando al ombú, le saludó como habitante indígena de la Pampa, confundió la causa con el efecto quien le dijo: llora el *urú-taiú*.

Triste es la hora en que su voz se oye, que no hay crepúsculo vespertino alegre; pero el canto en sí mismo es monótono y fastidioso, como el de tantos otros avechuchos raros, que viven en comunidad ó hacen comercio de amistades con murciélagos y vampiros.

Llora ó canta, porque es igual, el *urú-taú* en las ramas del *yatay*?

El *yatay* es una especie de palma, (1) es decir, una planta del género endógeno que crece del interior al exterior, en forma de columna adornada de anillos nudosos, que esculpidos por el cincel de la naturaleza marcan su edad con precisión; tiene hojas espléndidas, vivaces en toda estación, que adornan su encumbrada cabeza, cayendo como rizos elegantes sobre sus hombros sin contornos, por decirlo así. Ramas no tiene. Concediendo mucho, podría decirse que tiene un vástago ó vara que brota de su tallo ó tronco, puesto que rama es eso y sólo eso.

¿Existe ó no el Paraguay?

Esto es un poco mas prosaico ya.

Te diré, no obstante, hija mía, que «las
«Musas son mujeres celestiales que no desfi-
«guran sus facciones con artificios, y que
«cuando lo hacen, llorando por ejemplo, es

(1) El *yatay* da fruta y sus hojas son un excelente engorde para el caballo.

«con el secreto designio de embellecerse». Por manera que es posible que Carlos Guido y Spano, que está en el secreto, haya tenido esto presente al componer su canción; porque, efectivamente, este país es magnífico: cielo, luz, vegetación, clima, producciones, hombres, mujeres, todo convida á visitarlo.

Así pues, cuando oigas decir en la vieja Europa, que el Paraguay *no existe*, contesta: que los poetas no son geógrafos, y como prueba de ello agrega: que acabas de recibir noticias mías de allí.

Hoy es día de mi santo, y he pensado que no podía hacerte mejor obsequio que enviarte estas líneas por el correo, con un beso en alas del viento, y mi bendición.

Recitabas, si mal no recuerdo y el cariño no me ciega, con mucha gracia y expresión el *urú-taú*.

¡Que lo que acabas de leer no te retraiga en lo sucesivo de enseñárselo á tu hermanita, mi dulce Esperanza Eduarda!

Shakspeare es el primero de todos los escritores modernos y el poeta de la naturaleza

por excelencia. Nada hay en él que no sea real. Apesar de su mérito ha sido tachado de no saber historia.

¿Qué importa entonces que Carlos haga llorar á un pájaro que canta: que le cuelgue ramas á una planta que no las tiene; y que diga que no existe el Paraguay, si son lindos sus versos y hallan eco en muchos corazones?

Hija mia: llora al pajarito que me distrajo algunos días en mi soledad, que no pudo resistir á la esclavitud y que murió, sin duda de de pena, el mismo día en que debían sacarlo de su país.

Benditas seas!

Adiós!